

Transgresiones de la sensibilidad

Dejando correr un tiempo



que, perezoso y cansino, regresaría enseguida con la lengua fuera y protestando, reprochándome el haberle dado una libertad que, me parecía estar oyéndolo en su tictac tan regular, *yo jamás te pedí*, sin echar cuenta de que qué arte ni qué parte podría tener una simple mortal en su...



O, bueno, que se lo dije, y como ya está dicho lo transcribo, tal cual, la conversación que mantuvimos tan larga,

porque para qué andar estirando, el relato con cosas tales como “él me dijo” — un *él* que me quedo dubitativa cavilando si no debería escribir *Él* puesto que estoy hablando del grande, el absoluto e incommensurable¹, el de sin principio ni fin ni día ni noche ni invierno ni verano ni entretiempos — o “yo le dije”. Así qué, literal y mejor, que si no añadido, sólo quizás y por supuesto que sin querer, gestos o entonaciones, o pausas o inflexiones que me favorezcan incitando al lector a que se ponga de mi parte porque ya

¹ El que ni atiende ni se ciñe ni se aviene ni dobliga a pequeñeces como segundos o minutos o... que para qué seguir con días o semanas o meses o años o, incluso, siglos o milenios o... En fin, todo lo que siga como eras y cosas así; se entiende. O, concretando, no ese humilde, apocado y bonachón que se deja leer en los relojes aunque, que eso también le pasa, no sé si en venganza por haberlo encerrado en una espera y tapado con un cristal, miente todo lo que le da la gana, y dice la hora que no es, y se adelanta y se retrasa a su antojo y luego *ay, que se me hace tarde*, si estás yendo al dentista, por ejemplo, o, si donde vas es a una cita que te hace mucha ilusión, te pone tan de los nervios que te acelera y, cuando llegas al punto de encuentro y lo miras, ves que está marcando hora y cuarto menos de lo que debería. Que el mío por lo menos lo hace si bien, que también lo pienso a veces porque a lo mejor soy blanda y quiero disculparlo, puede ser porque mi reloj es barato, de mala calidad, que lo compré en el bazar chino, y no sabe por eso el pobre hacerlo mejor. Y que eso lo hace cualquier objeto, o cualquier incluso sentimiento, o cualquier guiso, por aquello de dame calidad y tendrás calidad. Pero ya he dicho, y he dicho también que no voy a repetirlo, que no es de ese mequetrefe del que estoy hablando.

Transgresiones de la sensibilidad

Dejando correr un tiempo

se sabe que quien cuenta algo en lo que tuvo parte suele buscarse las mañas para aparecer como quien tiene la razón o se expresó mejor.

Así que, directamente y sin más dilaciones, aquí dejo, literal, ya he dicho, la conversación:

– ¿Cómo podría yo, simple mortal, quitarte una libertad tan tuya, tan inalienable e inherente a tu propia esencia, de la que gozas, por ti mismo y por tu propia entidad ya desde el principio de los tiempos?

Aquí me encuentro con el primer tropiezo después de haber yo dicho que me limitaría a transcribir la conversación palabra por palabra y sin agregar comentarios. Pero es que, sin darme casi ni tiempo siquiera para terminar de formular mi pregunta, saltó, como si le hubiera picado una avispa, para exclamar:

– ¡Simple mortal!

– Sí, ¿qué pasa?

– ¿Cómo que qué pasa? — y, como remedándome, en tono en parte irritado y en parte burlón — ¡Simple mortal! Es como para morirse de la risa.

Y, sí, dejó escapar una corta carcajada, muy sarcástica.

– Pero si es verdad — repliqué muy tranquila, con un cigarrillo en la boca y hurgueteando en el cajón de mi mesa escritorio en busca de un mechero — ¿Soy acaso, pobre de mí, otra cosa?

– Ah, bueno — se dulcificó un poco y, dedicándome una sonrisa, me dio fuego del mechero que sacó de uno de sus bolsillos y dijo *es que eso ya es otra cosa*.

– Oh; está bien. Me gusta — ahora la sarcástica, irritada, era yo, soltando un chorro de humo que amortiguó un bufido —, he dejado de ser una simple mortal, que, bueno, no estaba mal y además es verdad, para convertirme en un *eso* que me gustaría saber si no es mucha osadía qué *otra cosa* es.

– No, no es eso...

Transgresiones de la sensibilidad

Dejando correr un tiempo

– Y no es necesario — le interrumpí bastante seca — que me trate de *usted*.

– Es que tampoco es eso.

– Así que ni tan sólo soy *eso*.

Espachurré el cigarrillo casi entero en el platito de la taza de su café, que como ya se lo había terminado no importaba; y seguí buscando mi mechero para encender otro.

– No, no es sólo eso.

– ¡Y encima no sólo! Creo — repliqué con amargura algo fingida, que empezaba yo a divertirme — que voy a terminar deprimiéndome.

Había conseguido atrapar mi mechero y rechacé con un gesto el fuego que él me ofrecía de nuevo.

– Vamos, ¿Por qué deprimirse cuando no es necesario?

– Vale; por fin me he enterado. Soy un *eso* no necesario. Pero ya le he dicho que tampoco lo es que me trate de *usted*, ¿o es que se le ha olvidado?

– Pues a lo mejor. Pero es que, como soy pasado y presente y futuro — marcó un inciso y cambió de tono y explicó —, que no se imagina el trabajo que me da y el tiempo que me lleva ser tantas cosas al mismo tiempo, pero... — exhaló un profundo suspiro y prosiguió —, es lo que hay, o mi destino o... — se puso de pie y a pasearse, con las manos en los bolsillos, por la habitación — qué sé yo...

Se había parado frente a la ventana y levantando un pico del visillo miraba, fuera, un cielo anubarrado — qué día tan feo, ¿verdad?

– Si. En cambio ayer, fíjese, hizo un sol espléndido; pero cómo el tiempo es tan...

Transgresiones de la sensibilidad

Dejando correr un tiempo

– No me hable de ese imbécil, voluble y caprichoso — soltó el visillo y regresó a su asiento y, suspirando — en cambio, yo, tan esclavo de mí mismo o... ¿qué se yo? Aunque — el tono volvía a ser coloquial — como le dije hace unos minutos qué se yo ni para qué, por tanto, necesitaría memoria alguna no teniendo..., siendo siempre *ahora*, dese cuenta y hágase si puede una idea, que llevar nada en ella. De modo que, y así las cosas. Pero nos hemos desviado del tema, en el que estábamos...

–Estaría, quiero decir *estaba*, yo sola, porque usted, por aquello de su intemporalidad, o atemporalidad, o como se diga... ¿Lo sabe usted?

– Oh. No. Todo lo relativo al habla, a las palabras, los adjetivos, sus sustantivos, los pronombre... Como no necesito utilizarlos y además no tengo voz... Pues...

Separó las manos, las abrió como quien pide disculpas o se desentiende con un *a mí qué* y volvió a juntarlas entrecruzando de nuevo los dedos

...